Manos y dedos

Son las dos de la madrugada. Son las dos y nos encontramos en una hermosa sala de estar en el piso de arriba de una cómoda casa en Orizaba, Veracruz. Son las dos y ya están, o mejor dicho, todavía dormidos la mayoría de los miembros de la familia Martínez Sares. Excepto por la hija de enmedio, Lucía, que no quiere dormir, y le daría mucha vergüenza dormirse en este preciso instante. Es lo único que podemos escuchar aquí, a esta hora, además del ocasional perro ladrador. Son las dos y Lucía está dando vueltas y vueltas por su cuarto, hasta que se recuesta en su cama, mira hacia el techo, y brevemente se vuelve a levantar. ¿Es en serio?, le pregunta Jimena. Te lo juro, y no quería que se diera cuenta doña mimi, porque nos iba a acusar con la directora. Jimena no podía evitar reírse, y eso hacía feliz a Lucía. Son las dos de la mañana y Lucía siente que nunca había estado tan feliz en su vida, y al mismo tiempo tan maldicha, ¿Qué tan vívida puede ser una relación que le tienes que ocultar a papá? Son las dos de la madrugada y don Mateo está profundamente dormido, junto a su esposa Amanda, que está muy cansada de cuidar al bebé. Ya no son las doce, cuando don Mateo miraba tristemente a su esposa, con el miedo, el terror de no ser suficiente, de un divorcio, de que todo lo que estaba decentemente estable se viniera abajo y cayera en el alcoholismo como su hermano Raúl, esperando a que Amanda se de cuenta de que la está mirando, y se voltee a reconocer su dolor y decirle que lo ama como la primera vez. Pero su mirada está muy clavada en el televisor, casi durmiendo, casi rezando para que el bebé no empiece a llorar otra vez. No, ahora son las dos de la mañana y a Lucía le sudan las palmas de las manos, y respira el aire como si no estuviera sofocando, como si supiera a néctar, como si supiera al arroz de mamá. No puedo esperar para verte, en serio, quiero mirarte, quiero besarte, quiero tenerte en mis brazos, y acariciar tu pelo, sentir tu piel y respirarte. Mi amor, no sabes lo mucho que quiero estar contigo ahora mismo, y quiero besarte tanto, y abrazarte tan fuerte, y venga, si tenemos opo, nos vamos a un motel, y. Lucía se carcajea con el sonar de sus palabras, ninguno de sus exnovios la había hecho tan feliz. Son las dos de la mañana, pero al mismo tiempo son las nueve de la mañana. Jimena todavía no baja a desayunar, ni se ha lavado lo dientes, ni siquiera ha abierto las cortinas del todo. Son las nueve de la mañana y Jimena tiene intenciones de decirle a Lucía lo mucho que la hace feliz, aún si no hace falta, aún si cada palabra, acción, reacción, gesto, texto dejará explícito su amor por ella. Son las dos, y son las nueve de la mañana, y dentro de unos momentos Lucía estaría de camino a urgencias al hospital, y Jimena estaría nerviosa por su vida. Pero en este momento siguen siendo las dos, y las nueve de la mañana, y nos encontramos en la sala de estar del piso de arriba de una casa en Orizaba, Veracruz. Ya no son las doce y media, cuando Alberto estaba cocinando algo para cenar, mientras escuchaba el podcast de Joe Rogan en su celular, y pensaba en ese momento que el profesor Marsuelos le estrechó la mano en el recibimiento de diplomas el día de su graduación, una tras otra vez, en todos sus 23 diplomas que lo hicieron el alumno más destacado de su generación. Había algo en el rostro del profesor Marsuelos, que le daba mucha ansiedad, muy distinto al trato que siempre tuvieron, viéndolo con gran admiración y orgullo. Pero esa vez no. Esa vez tenía cara de algo más, de

cansancio, de decepción. Como si las cosas ya no fueran como antes, como si la vida le diera malas noticias... Como si se hubiera enterado. Alberto ya no estaba cocinando con un sartén muy, muy caliente. Ahora estaba dormido, pero sudando como si estuviera corriendo. Son las dos de la mañana y Alberto está teniendo un sueño en el que está en una escuela de verano que jamás existió, y está aprendiendo a flotar, y tiene compañeros de 7 años que saben todo sobre él y lo tratan con mucho cariño, y esto por algún motivo tiene sentido. Son las dos de la mañana, y también las nueve de la mañana, y Jimena aún no baja a desayunar. Esta vez no desayunaría con su madre, porque la doctora Celeste Mejía tiene que regresar a la Universidad Complutense de Madrid a terminar unos trámites para su siguiente conferencia magistral, por lo que se le reconoce muy bien. Jimena tendría que desayunar con su papá, que a pesar de no ser un tremendo maestro de ciencias políticas, es un excelente ingeniero y director de obras. Son las nueve y quince de la mañana y Jimena está bajando el tono, susurrando. ¿Te gusta? ¿Quieres otra, bebé? I'm completely comfortable, baby girl, I just want to have a good time with you. Se pasa las manos por toda la blusa, limpiándose el sudor de las palmas, pero también estimulándose. Whatever you want me to do, baby.
Son las nueve y quince de la mañana, y del otro lado del ya caliente teléfono, se escucha una tímida voz agitada de Lucía, que no tiene miedo. Jimena está mirando, por su ventana, las hojas de los árboles, y lo pacífico que es, mientras se muerde los labios, y mueve los pies.

Jimena quiere pasa su mano izquierda de sus pechos a sus muslos, a sus pechos a sus muslos. Son las nueve con quince de la mañana, y dios sabe lo mal que se siente hablar con tu novia, y escuchar al otro lado del teléfono que una puerta es tocada frenéticamente, violentamente, a esa hermosa voz amada y amante desconcertada, que después gritaría aterrada, solo para que el teléfono sea colgado, y no se conteste. Jimena ahora está enderezada en el filo de su cama, con los ojos aterrados, la respiración alterada y el oído derecho escuchando "Buzón telcel, la llamada se co-". Los mensajes no son leídos, las llamadas son desatendidas y el corazón está corriendo. Son las nueve y media de la mañana, y Jimena se ha decidido a bajar a desayunar, con el teléfono en la mano, no en el bolsillo. Se sienta a la mesa, y presta vaga atención al Mira que milagro que bajas, bienvenida, de su padre. Sigue intentando parecer que nada está mal, y que no está nerviosa. ¿Y mami? ah, sí, ya me acordé. ¿Dormiste bien? Sí, ¿Y tú? También, también. Hija, pásame el café, por favor. Si, papi. Gracias, este es café, café, no lo que hacen en los puestos esos de la plaza, o el centro comercial, porquerías americanas, esto se llama café como dios manda. Mhm. ¿Quieres? No, jaja, no gracias. Ay, ese Mauricio ¿Mm? Digo que ese Mauricio me tiene a punto de correrlo, ya van 3 veces este mes que me queda mal. Y con dos cojones me dice que estoy siendo injusto, vaya cabrón. Deja en paz ese móvil, no se va a ir a ningún lado, apenas y te has volteado a mirar a tus jotkeis. A las 11 tengo que recibir un camión de cemento, madre de dios, cada vez está más caro. Como era de esperarse, el ingeniero Alfonso Rosales hablaba mucho más que su hija, y nunca lo veía como algo malo, él no. Son las nueve y cuarenta de la mañana y Jimena está respondiendo mensajes pendientes, revisando constantemente si el perfil en whatsapp de Lucía dejaba de decir 9:16. Está esperando a que su

padre se levante de la mesa para regresar a su cuarto y llamar otra vez, y otra vez, y otra vez. Son las diez de la mañana y Jimena no entiende si Alberto no contesta su teléfono tampoco por descuidado, o por algo peor. Lucy, bebé, dime que estás bien, por favor, responde, te amo. ¿A quién se supone que tendría que llamar si algo en realidad pasó? Ahora solo hay estrés, miedo, terror. ¿Un violador, secuestradores, narcos? Pensaba que era racista ver a México como un lugar lleno de inseguridad, pero Lucía le decía lo contrario. Por favor, por favor, no quiero que te pase nada malo, por favor. No quiero ni imaginarme si alguien le hace algo, si la secuestran, si la violan, si la tiran en un río. Carajo, por favor, responde. Jimena necesita hablar con alguien, y su amiga María se está tardando en responder, pero lo hace. hola mari ¿Puedo hablar contigo? ¿Si que ocurre? Es que Lucy no me responde y tengo mucho mucho miedo de que algo le haya ocurrido y escuché que tocaron muy fuerte la puerta y que ella gritaba, y no me responde y su hermano tampoco, y no sé qué hacer. Era cuando escribía esas palabras en el teclado cuando se sentía real, que es algo que sí está ocurriendo, por eso se tardó mucho en responder. Son las diez y quince de la mañana, y Jimena está mirando las conversaciones pasadas con Lucía. Subiendo y subiendo, a veces buscando una oración en especial, a veces recordando solamente. Está bien si tú no quieres, en serio. Es que no quería sentirme así pero lo hago y te necesito aquí ahora mismo, conmigo. Pues la verdad es que a mi los hombres no me van ¿No eres homofóbica, verdad? Jajaja no, loveislove emoji-de-corazones. Pues yo solo he tenido novios, pero creo que las mujeres también son guapas, y tal vez me animaría a experimentar jaja. Perdón por ser tan mala respondiendo, te juro que te aprecio un montón y me encanta hablar contigo. ¿Lucy? ¿Si? ¿Te gusto?
Jimena no tenía mucho a su disposición, pero el sentimiento de culpa siempre está ahí. Cortante, doliente, pesado.
Son las dos de la mañana, y estamos en la sala de la planta de arriba de una casa en Orizaba, Veracruz, y Alberto empieza a soñar que tiene que sostener una soga, que le está cortando la circulación. Alberto no cree que morir dormido sea pacífico. Si puedes tener pesadillas porque tienes frío mientras duermes, imagínate sentir como te mueres.

Jeffrey Matthews tenía veintiséis años cuando fue a acampar a los pinos de su ciudad en canadá, ya tenía experiencia con eso. Disfrutaba mucho despertarse temprano, con una hora de sueño faltante, sintiendo como la mañana comienza, como sabe el aire fresco, y escuchar todo despertarse poco a poco. Sabía muy bien cómo cocinar lo que ahí encontraba o cazaba, era rara la ocasión en que se enfermara por su comida. Sus viajes estaban llenos de color, alegría, vida, naturaleza. Por lo menos superficialmente. Estaba casado, tuvo su primer hijo hace 5 meses, y su esposa no puede creer que él siga haciendo lo mismo de siempre. A veces, cuando despertaba por las mañanas, su rostro todavía estaba húmedo. Una de sus habilidades más funcionales era la manera en que podía encender fuego para cocinar. Esta vez estrenaría nuevos trastes, nuevos sartenes y ollas. Fue en el momento en que estaba tostando el pez más pequeño, e hirviendo el más grande, que se rompe la parte baja de la fogata, haciendo que por poco se cayera su sartén. El instinto inmediato le hizo

sostener el sartén son su mano desnuda, y ponerlo en el sitio adecuado. El sartén estaba tan caliente que el dolor era insoportable, bajó corriendo lo más rápido posible al río a meter su mano y calmar el dolor. Funcionó, el dolor se calmó muy rápido. Esa noche le costaba mucho dormir, pensando que en dos días tenía que volver con su esposa, y hacerle cara a sus acciones, a su responsabilidad. ¿O no? ¿Y si no regresaba? ¿Y si se iba a estados unidos? Tienen un seguro médico de mierda, pero solo será por unos meses, en lo que encuentro que puedo hacer. ¿Qué hiciste, Jeffrey, por qué te metiste en esto? Cuando dieron las 4 de la madrugada, se llegaba a escuchar el grito de dolor de Matthews. Su dedo pulgar, índice y medio habían reventado. Los de la mano derecha. Los que rescataron al sartén. No podía agarrar nada, el hueso se asomaba. Pasaron tres horas hasta que llegó al hospital más cercano, pero sus dedos no sobrevivieron. No volvería a escribir a mano.

Son las dos y cuarto de la mañana, y don Mateo escucha a su hijo Alberto gritar de enorme dolor en la cocina de su casa. Sale de su cuarto sin saber qué esperar encontrarse. ¿Qué está pasando? Papá, llévame al hospital. Sangre. Sudor. Alcohol etílico.

Son las dos con cuarenta de la madrugada, y Lucía se acaba de dar cuenta que dejó su celular en su casa, Jimena ha de estar muy preocupada. Mirando fijamente a Alberto, siente que sus ojos tienen un filo de odio, sin sentido, sin explicación. Él se dio cuenta de que su disco favorito de N.e.r.d. estaba puesto, y rápidamente quería distraerse del dolor, subiendo el volumen empezó a gritar ¡No, you won't get away!, ¡No, you won't get away! ¿Qué madres estás haciendo? ¿Quieres que nos detenga la patrulla? Pinches puercos ni trabajan. Luci ayuda a tu hermano a bajar, por favor, córrele, mija. Por favor, ayuden a mi hermano, su mano está sangrando mucho. Oh, por dios, por aquí, por aquí. ¿Cómo se llama? Juan Alberto Martínez Sares. ¿Es derechohabiente? No sé, ahorita le pregunto a mi papá, está estacionando. ¿Es menor de edad? No, tiene 20 años. ¿Sufre de alguna alergia? Creo que si, pero no estoy segura, la verdad.

A ver, Luci, ven, explícale al doctor qué le pasó a tu hermano. Bueno, la verdad no sé, yo estaba en mi cuarto y de repente que toca bien fuerte la puerta, y que me grita ayúdame, ayúdame, y cuando le abro está con su mano apretada en el estómago, todo lleno de sangre, y no me sabía decir que pasó, yo al principio pensé que se lastimó en el estómago, como si le hubieran disparado, pero pues estamos acá en la casa, y luego me muestra su mano, y se ven que sus dedos están completamente abiertos, y me espanté y grité, entonces bajamos en chin- muy rápido a la cocina donde tenemos el botiquín, y le empiezo a cubrir los dedos con el este, el, el. Con la esta telita, y que le hecho alcohol etílico para que se desinfecte y eso, y nos lo trajimos corriendo acá. Muchas gracias, mija. Doctor ¿Qué me dice? Necesito que no permita que pierda sus dedos, los necesita para escribir, no sabe lo buen estudiante que es, el mes pasado lo llevamos a un debate sobre política con un gringo, y le aplaudieron a mijo, yo no le entendí casi nada, la verdad, pero uno si se da cuenta de que hablaba muy clarito, y exponía muy bien sus puntos. Le dieron una beca para que se fuera a estados unidos, pero dice que prefiere esperarse a ver si le ofrecen algo mejor. Por favor, doctor, necesita mucho esa mano, se lo ruego. Ya estamos haciendo lo mejor que podemos, no tiene nada de qué preocuparse, estuvo muy bien que lo trajeran de inmediato.

Son las tres y media de la madrugada y doña Amada está al teléfono con su marido, despreocupandose, explicándole. Dice el doctor que sus dedos se le iban reventando porque agarró algo muy caliente y no se puso nada. Si. Si. Si, mi amor, no te preocupes. Ya, ya le dijimos. La señora Amada tuvo que quedarse en casa a cambiar al bebé, nuevamente. Pero no sabía decir si le hubiera dolido más ir con él o quedarse en casa. Son las cuatro y media de la madrugada, estamos en la sala de espera del hospital regional de Orizaba, Veracruz. Lucía está a 20 minutos de marcar de nuevo a Jimena. Estoy bien, hubo una emergencia. En tres semanas, Alberto volvería a escribir con su mano derecha, pero en este momento son las tres y media de la madrugada, y poco después de que salieran del hospital, un bebé recién nacido, llamado Carlos Fabricio Bustos Gómez habrá dejado de llorar, sintiendo la calma, por primera vez, que es dejar de sufrir.

josé carlos gonzález l.
2019